

---

PANEGIRICO  
DEL  
DULCISIMO NOMBRE DE MARIA

PREDICADO  
EN LA PARROQUIA DE SAN MARCOS, DE PUEBLA, EN LA FESTIVIDAD  
DE LA SANTISIMA VIRGEN DEL BUEN SUCESO  
EL 12 DE SETIEMBRE DE 1858

POR EL  
**PBRO. J. M. GARCIA MENDEZ**  
CURA INTERINO DE LA MISMA PARROQUIA

---

*Respexit humilitatem ancillae suae;  
et fecit mihi magna qui potens est.*

Ha puesto Dios los ojos en la humildad de su esclava; y ha hecho conmigo grandes cosas el que es omnipotente.

*Luc., I, 48-49.*

El nombre tan dulce, tan puro y tan santamente gracioso de María, en su original significacion, es la Estrella del mar: la estrella de la mañana, imagen delicada de la venida de María al mundo. Estrella orientada de la extrirpe de Jacob, para preceder al cetro, que había de herir á los príncipes de Moab, y que há diez y nueve siglos reina sobre todos los hijos de Seth. Astro sublime, que al amanecer sobre el oriente de este mundo, fué como el

alba matutina de la verdad, como el crepúsculo del día de la fe, que difundió en el mundo á Jesucristo, luz eterna, segun canta la Iglesia (1), y como la aurora del sol de justicia, que disipó las sombras de la luz y coloró el horizonte con los primeros albos de la gracia.

¿Qué nombre más digno, más sublime, pudiera Dios haber inspirado para distinguir á la criatura, que entrando sólidamente en el plan divino de la restauracion del género humano, fué predestinada para Madre del Verbo, conocida y preparada por el Altísimo, preconizada por los profetas, prefigurada por los patriarcas, concebida y nacida sin la más pequeña mancha de pecado para ser el receptáculo y la fuente de la gracia, de las virtudes, de las bellezas y de la suprema perfeccion? La criatura que en la tierra llevó el santísimo nombre de María y que en el cielo eternamente lo conservará como emblema de la omnipotencia y misericordia del Señor; que fué la predestinada por la sábia Providencia, para tener con Jesucristo, hijo de Dios, la relacion incomparablemente más elevada é inmediata; que fué la elegida para manifestarle, antes que otro alguno, en el mundo y para darle á luz; esta criatura ha debido ser de una santidad que excede á toda imaginacion; y cuando leemos en el evangelio que fué llena de gracia, bendita entre todas las mujeres; que bajó á ella el Espíritu Santo, que la cubrió con su sombra la majestad del Altísimo, que el Señor está con ella y le ha hecho grandes cosas el que es omnipotente, apenas obtenemos unas frases, que por significativas que sean, son demasiado limitadas para contener la idea de toda la grandeza y santidad, que debió ser derramada en aquella que concibió, llevó y dió á luz al autor de la gracia, al Santo de los Santos; de la grandeza suprema de la Madre de Dios, la más pura, la más digna, la más santa de todas las criaturas. Felicitémonos recíprocamente, señores, porque no á las generaciones pa-

(1) Prefacio de la Santísima Virgen.

BIBLIOTECA CENTRAL  
U. A. N. L.

sadas, sino á las nuestras, á las generaciones de la gracia, se reservó saber, cada vez más abiertamente, por el espacio de diez y nueve siglos, que el hijo del carpintero José era el hijo del Altísimo; y la que se llamaba María, la Esposa del Espíritu Santo, la Madre de Dios.

Pero esa descendiente de Adán, esa hija de los modestos Joaquin y Ana, esa oscura y desapercibida doncella de Nazaret, ¿á qué debió tan suprema dignidad? preguntan los enemigos del culto de María. ¿Cómo y por qué fué elevada hasta el punto culminante de bendición sobre todas las mujeres, y escogida entre todas para Madre del hijo de Dios, corredentora del género humano y su única esperanza, refugio y amparo? Dios fijó los ojos en la humildad de su sierva. *Respexit humillitatem ancillae suae*, y por ello, el que es omnipotente la elevó á la suprema dignidad de Madre de su unigénito: *Et fecit mihi magna qui potens est*. Os he indicado, señores, mi propósito. Propósito sublime por la relación que tiene con Jesús y María. No me encuentro capaz de desenvolverlo dignamente. Impetremos la gracia del Espíritu Santo para que se digne iluminar vuestros corazones para recibir, y mis labios para emitir con sencillez, las verdades en que pienso fundarlo. *Dignare me laudare te, Virgo sacram.*

*Respexit, etc.*

La humildad es una virtud de tanto valor, que puede hacerse apreciar sin la grandeza, y la verdadera grandeza no puede darse á estimar sin la humildad; puesto que de ella toma su más bello realce. “La humildad en el

honor, dice un filósofo cristiano (1), es el honor del honor mismo y de la dignidad; y toda dignidad es indigna de este nombre, si desprecia lo que es humilde; porque la humildad sin honor, basta por sí misma para el honor; y el honor sin la humildad, se encamina á la confusión.” La razón de esta hermosa y esencial verdad es, que la virtud, es la más elevada de todas las grandezas; y la humildad, la más elevada de todas las virtudes. De estos principios parten aquellas palabras de San Ambrosio en elogio de la Santísima Virgen: “Donde se encuentra la más profunda humildad, se encuentra la más alta dignidad.” Y esta máxima está fundada en la sentencia del Salvador: “El que se humilla será ensalzado (2).” ¡Cosa admirable y verdaderamente divina, que era justo reservar á los humildes que se someten á esta virtud y negarla á los soberbios que la desprecian! Esta virtud que el mundo esquiva y deja para los pequeños, es la virtud de los grandes; y doblemente lo es, primero, por que sólo lo grande puede humillarse; y luego porque sólo lo que se humilla fué verdaderamente elevado. Por esto solamente hay, después de Jesucristo, una alma que pueda ser y haya sido perfectamente humilde y es María, la única perfectamente elevada después de Dios. “Es una verdad muy sorprendente y sin embargo indudable, dice Bossuet (3), que entre los infinitos medios que Dios tiene de fundar su gloria, el más eficaz de todos se encuentra necesariamente “unido á la humildad.”

Estas frases me bastarían, señores, para persuadirlos de mi propósito; mucho más tomando en cuenta que vosotros teneis grabado en vuestro corazón, con caracteres indelebles, los que nos ministra el amor de María, que ella adquirió la grandeza y dignidad con que los católicos la veneramos, porque ella descendió por sí misma, por su espontánea voluntad, al despreciado terreno de la

(1) Balduin-Catan, etc.

(2) Evang. de S. Luc. c. 18. v. 14.

(3) Serm. 3º de Assumption V. M.

BIBLIOTECA CENTRAL  
U. A. N. L.

humildad que la obtuvo más que ninguna otra criatura, porque siendo su elevacion más culminante, más profundo fué su abatimiento; y cuanto más lo fué, más sublime ha sido su grandeza, haciéndose ella la grandeza de la humildad, de la fe, de la constancia, del sacrificio y del amor. *Hé aquí la esclava del Señor* (1). La Virgen María fué eminentemente humilde desde su feliz nacimiento hasta su gloriosa Asuncion; porque lo fué en su niñez, bajo la tutela de sus padres; en su matrimonio, bajo la salvaguardia de José; en su maternidad, cuando el niño Jesús, ocultando al mundo su divinidad, estuvo, como hombre, sujeto á la patria potestad; cuando Jesucristo cumplía públicamente su mision de Salvador; cuando en su amarga soledad quedó encomendada al discípulo amado; cuando en el cenáculo presidía el colegio apostólico; y lo fué, finalmente, hasta que dejando este valle de lágrimas, subió al cielo á ocupar el excelso trono á la diestra de la Augusta Trinidad.

En esta esencial verdad ha convenido siempre la Iglesia católica: ella ha sido preconizada por todos los Santos Padres, por todos los Doctores Marianos, los Bernardos, los Ambrosios, los Agustinos, los Anselmos, los Buenaventuras y otros muchos; pero lo que os va á pasmar, señores, es que la herejía ha doblado la rodilla alguna vez, y ha inclinado su cerviz, al oír el eco sublime de las glorias de María. Os va á sorprender, que de la maligna pluma de algunos mentidos reformadores de la Iglesia, de algunos herejes sistemáticos y enemigos del culto de la Virgen, se hayan deslizado al papel, por su indisputable verdad, los elogios de María. Oíd solamente lo que el infortunado Lutero, ese malogrado y funesto genio, escribió de la Madre de Dios, poco despues de su rebelion, que produjo su caída irreparable. “Aunque María (2), dice, “tuviese conocimiento de toda la superabundancia de maravillas de que Dios la había colmado, se comportaba

(1) Evang. de S. Lúe. Cap. 1<sup>o</sup> v. 38.

(2) Coment. sup. Magnific. Tom. 5<sup>o</sup> pág. 73.

“y permanecía en tal humildad que no se elevaba sobre el más vil y más abyecto de los seres humanos de la tierra. ¿No pensais, por tanto, que es un corazon admirable ese corazon de María? Sabe que está creada para Madre de Dios: que está exaltada sobre todos los hombres, y sobreexaltada entre todas las mujeres, y sin embargo, se mantiene siempre en esta sencillez, esta ingenuidad, esta humildad, de no pensar que pueda haber sierva que le sea inferior. ¡Oh pureza de este corazon! ¡Oh Virgen admirable! y ¡qué grandes cosas encubre tu humildad!”

En sentir de San Agustin, la medida de la humildad de cada uno debe ser la de su misma grandeza, la profundidad de los cimientos debe ser proporcionada al peso de su mole. Segun esta regla, siendo María la más elevada de las criaturas, debería ser la más humilde. Sobre este profundo cimiento de virtudes y humildad levantó Dios su templo más predilecto, el más digno para contener á su Unigénito; y porque había de ser el centro de grandes cosas, el teatro de magníficas escenas. Dios la decoró de tal manera, que de todos sus dones preciosos, le formó el más bello ornamento de su estructura. Así que, la Pureza personificada, se adelanta para extender con sus manos la materia que ha de formar su cuerpo; la Providencia para organizarlo; la Gracia para animarlo. La Caridad forma su Corazon; la Sabiduría su cerebro y su inteligencia; el casto pudor rodea su frente; la afabilidad derrama su dulzura en sus lábios; la honestidad hace de sus mejillas su asiento predilecto; la modestia y la ingenuidad, difunden en todo su cuerpo la gracia y embeleso; finalmente, todas las virtudes concurren tan felizmente á formar esta Virgen, que ellas mismas pasmadas de su obra, apenas pueden reconocerla en esa perfeccion, producida por un concurso unánime, que lo que todos han hecho, aventaja infinitamente á cada una de ellas. Tal fué el templo majestuoso formado por el Espíritu Santo, para celebrar en él grandes funciones: *Fecit mihi mag-*

BIBLIOTECA CENTRAL  
U. A. N. L.